

cotidiano y más impetuoso que el exiliado residente en el exterior. Sufren su sistema neurovegetativo, su sistema nervioso, su hígado, su estómago, sus arterias, su corazón. Se sufre por el ruido de un coche, el sonido de un ascensor, el rumor —verdadero o falso— que atraviesa las calles con un hacha, la llegada macabra de ciertas sombras de la noche, la vergüenza de poner sordina a la voz o cambiar de conversación en la tertulia del café, el timbre sospechoso del teléfono al que, antes de descolgar, se mira unos instantes como a un animal enemigo. Y se sufre también en la contemplación de las mentiras de la Prensa, en el bochornoso espectáculo de los manipulados noticiarios de televisión. Y se sufre la indecible vergüenza de la presencia omnipotente y nauseabunda de los gobernantes que no han sido elegidos por el conjunto de los ciudadanos, y que despliegan su arrogancia amenazadora precisamente para enfermar al disidente mediante la vergüenza y la rabia. Del disidente, incluso su silencio es admirable. Su protesta, más que admirable: emocionante. Y ello, porque se produce en un contexto ilimitadamente más arriesgado que el exilio. Por eso es necesario valorar de muy distinto modo la disidencia interior que la disidencia exterior. Medir ambas con el mismo rasero es simplemente una injusticia. Usemos un símil taurino: el disidente externo sigue la lidia desde la barrera; tal vez opina, descubre incluso, que el lidiador no está sacando al toro la faena que contiene, tal vez se enoja porque al maestro se le sube el miedo a la cara y eso le lleva a no redondear la faena (y recordemos que a menudo, cuando el lidiador deja su trabajo incompleto, se lo lleva «la autoridad» al cuartelillo), tal vez el lidiador no componga, en todo momento, la figura arrogante (a estas alturas, el símil ya no sirve para Sábato, que es un torero que siempre cita de frente, adelantando el muslo y la muleta plena); tal vez el otro diestro que permanece en la barrera o en algún burladero sabe o cree saber que llevaría adelante esa faena con más arte y más emoción que el que ahora lidia allí, en la arena. Todo eso está muy bien y puede que sea cierto. Pero cuando lo sea. Por el momento, lo más cierto de todo es que el exiliado del interior del ruedo es quien oye el tumultuoso resoplido del toro y quien nota la cuerna pasando como un cuchillo junto a sus pectorales o cerca de su vientre, una vez y otra vez (¿cuántas veces han amenazado de muerte a Ernesto Sábato?). Repito que es imposible no sentir respeto por tantos exiliados como fabrican las antidemocracias (incluidos sobre todo los exiliados que no se pueden exiliar hacia afuera; por ejemplo, los presos en sus miedos o en las cárceles tras los ya sucesivos y abundantes «muros de la vergüenza»), pero es necesario decir, con dolor pero con claridad, que cuando un exiliado no respeta el dolor y el coraje del otro exilio, el cotidiano y

sumamente más incómodo, entonces, inexorablemente, el exiliado geográfico comienza a ser un poco menos respetable. En el afianzamiento o en la nostalgia activa de la democracia nos encontramos todos, cada uno tiene su papel, y cuando no se reconoce así es que ya la neurosis ha dejado de ser creadora para no ser otra cosa que un cactus solitario; todo lo patético y conmovedor que se quiera, pero ya insolidario y, por ello, inservible. Ahora bien: ¿es verdad que en el afianzamiento o la nostalgia activa de la democracia nos encontramos todos? Concretamente en lo que atañe al conflicto entre Sábato y sus críticos más adversos, ¿es eso, la democracia, un esfuerzo común? Si tal esfuerzo fuese en verdad común, ¿concitaría la figura de Ernesto Sábato tan apasionadas polémicas, y concitaría acusaciones —a veces insultantes, es decir, inargumentadas— entre algunos de sus colegas? Los colegas que fingen despreciarlo, ¿son en verdad demócratas? ¿Siempre y en todo caso? ¿Contra los tiranos del Este igual que contra los tiranos del Oeste? ¿Son de verdad antimperialistas? ¿También en lo que respecta al imperialismo soviético? Si fuese así no tendrían mayor problema con la imagen moral de Sábato. Ernesto Sábato sabe perfectamente (y algo más importante: lo proclama perfectamente) que no hay tiranías justificables: que todas las tiranías, de «izquierda» o de derecha, son iguales. Que todas las tiranías son hermanas de sangre. Los críticos de Sábato que critican *también* la tiranía del Este, ¿saben que todas las tiranías son hermanas de sangre? Y si lo saben, ¿por qué no lo dicen? Y si lo dicen —qué pocas veces—, ¿por qué denuncian hacia un lado con tan digna cólera mientras hacia otro lado lo hacen con tanta pulcritud, tanto cuidado, con tanta hipocresía? ¿O acaso creen que sus silencios y sus vacilaciones no se notan? ¿Creen que son tontos los lectores? ¿Creen que basta echarle la culpa a la CIA para que el pueblo entero de Polonia resulte reaccionario, para que el Kremlin siga siendo vigía de la felicidad, y todo disidente un encubierto espía de la reacción? ¿De verdad creen que somos majaderos, borregos, ortodoxos?

* * *

«Bastaba apartarse de la ortodoxia (y había que ver qué horror podía ser esa famosa ortodoxia) para ser acusado instantáneamente de agente del imperialismo yanqui, de vendido a la reacción, de espía policial. Todo esto se ha dicho en procesos infames que llevaron a la muerte, después de haber sido torturados, a grandes dirigentes del movimiento revolucionario, a algunos de los cuales, en Hungría, en Rusia, en Checoslovaquia, se los reivindicó después de asesinados. Ustedes me piden que no me enoje. Pero, ¿cómo no me voy a enojar, si ya en 1951, cuan-